

Riada

Contemplar desde el puente de Piedra de Zaragoza el agua turbia y crecida del Ebro era un impresionante espectáculo. Esa desacombrada visión y ese bronco fragor de agua salvaje no sólo traía a mentes recuerdos de anteriores riadas o te hacía sentir solidario con los damnificados por esa desbordante crecida sino que ponía en marcha una imaginación que te transportaba a áreas más profundas del pensamiento.

Uno se encontraba enfrentado con la potencia de una naturaleza que, olvidada o desconocida, está ahí con su fragilidad y con su enormidad... y con su belleza. Uno, aunque el tema no mereciera más de un minuto, sentía el escozor de que hasta la desgracia pueda ser utilizada por algún político de pacotilla para intentar ganar votos hablando demagógicamente de «excedentes de agua». Uno reparaba en la importancia del agua en todos los órdenes de la vida y de la convivencia y en que es uno de los elementos imprescindibles para la supervivencia de este planeta.

Apoyado en la baranda del puente, ensimismado en un fenómeno tan grandioso como natural, el

magín también se desbocaba y te llevaba, en concatenaciones insospechadas, a áreas de reflexión profundas relacionadas con el medio ambiente y el agua en la naturaleza: al informe de Naciones Unidas sobre el cambio climático con advertencias casi apocalípticas de los impactos del calentamiento global entre los que destaca el posible desastre por la subida del nivel de agua de los océanos; o al debate sobre la fuente de energías en la difícil coyuntura de una población que demanda por un lado mayor consumo y por otro la necesidad de disminuir las emisiones de CO₂.

Y cuando las campanas del Pilar rompieron el hechizo de la fantasía sin reloj, me encaminé a mis tareas habituales, aunque un poco cabizbajo, con las sensaciones lúgubres de la sonrisa de la esperanza de que tras la tormenta viene la calma y de que el humano tiene resortes para evitar los desastres... si se pone a ello.

José Manuel CLÚA MÉNDEZ



Foto: José Antonio Gámez Vintamed.

